

EL ABUSO SEXUAL Y LA RETRAUMATIZACIÓN A TRAVÉS DE LA DENEGACIÓN¹.

Carmen Gloria Fenieux²

Las hipótesis planteadas por autores como Ferenczi (1932), Monzón (1999) y Giverti (1999) acerca de la desmentida en el abuso sexual instalan esta configuración traumática tanto en la familia de la víctima y su psiquismo como en la dinámica de la diada analista analizado. Se postula una forma de desarticular la desmentida a través de la experiencia de “Momentos de Encuentro” (Stern, 2000) entre paciente y analista, que permite darle coherencia y consistencia al daño ocurrido. En base a experiencias clínicas con pacientes mujeres abusadas sexualmente, se propone la hipótesis que este trauma generaría defensas secundarias a un daño narcisista del tipo masculinización y melancolía, las que surgen como respuesta de repliegue a un ambiente que retraumatiza con la desmentida. Estas defensas se constituyen en refugios psíquicos (Steiner, 1997), estableciéndose como espacios mentales que le permiten a la víctima aislarse de la realidad y evitar vincularse con lo doloroso.

Palabras claves: Abuso Sexual, desmentida, denegación, momentos de encuentro, refugios psíquicos.

Pensar en el abuso sexual y en cómo abordar su tratamiento en mujeres abusadas es difícil. Prueba de esta dificultad es la historia que conocemos acerca de los inicios del estudio de este trauma en el Psicoanálisis. A finales del siglo XIX Freud planteaba la alta frecuencia con que ocurría el abuso sexual. En la etiología de la histeria (1896) afirmaba: “Nuestros niños están expuestos a ataques sexuales mucho más a menudo de lo que uno supondría por los escasos desvelos que ello causa a sus padres” (Freud, pág. 206).

De esta manera se plasmaba, en su primera teoría de la seducción, la fundamental idea de que las experiencias sexuales traumáticas en la infancia constituían la clave y la base para comprender la histeria. En abril de 1896 el autor expuso por primera vez esta teoría en la Sociedad de Psiquiatría de Viena. El rechazo de la audiencia a estas ideas fue implacable. Como es sabido, Jeffrey Masson (1985) ha hipotetizado que este rechazo fue uno de los motivos que llevó a Freud a replantear su teoría (Giverti 1999, Monzón 1999).

En 1905 cayó la teoría original de la seducción, para ser sustituida por otra idea, la de fantasía, que dio espacio a la relevante y valiosa teoría de la pulsión. En este nuevo planteamiento se enfatizaron, entre otros conceptos, las fantasías de seducción que pueden observarse en niños y niñas en determinada etapa evolutiva, sin embargo, se omitió la traumática realidad incestuosa contra las niñas y niños³.

Ésta no fue la única vez que se obvió el abuso sexual en la cuna del psicoanálisis. Ferenczi, en 1932, en su ponencia “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” afirmó: “Nunca se insistirá bastante sobre la importancia del traumatismo y en particular del traumatismo sexual como factor patógeno. Incluso los niños de familias honorables de tradición puritana son víctimas de violencias y violaciones mucho más a menudo de lo que se cree”. Sin embargo, este trabajo tardó muchos años en ser publicado puesto que su autor murió en 1933 y el encargo a Jones no fue cumplido.

Por considerarse que Ferenczi sufría de una “pseudología fantástica”, el polémico y valioso trabajo de Ferenczi se conoció recién en 1949, gracias a Michael Balint (Monzón, 1999).

1.- Trabajo presentado en el XVII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Septiembre, 2008, Chile.

2.- Psicóloga Universidad de Chile, Psicoanalista Sociedad Chilena de Psicoanálisis, directora Centro Clínico y Docente de Sexualidad Humana.

3.- Según estudios de la OMS, una de cada 5 niñas declara haber sufrido abuso sexual antes de los 15 años (OMS, 2007). Otro informe que nos entrega luces de lo que ocurre en este tema es el elaborado por Save the Children en mayo de 1998, en el cual se informa que un 23% de las niñas y un 15% de los niños sufren abuso sexual serio en España antes de los 17 años.

Por otra parte, muchos estudios tanto nacionales como internacionales indican que el abusador en la gran mayoría de los casos es un pariente cercano de la víctima (Servicio Nacional de Menores 2006, Universidad de Chile 2007, OMS 2007).

Considerando este hecho y la historia del estudio del abuso sexual en el psicoanálisis, podemos pensar que el fenómeno de la desmentida es parte de la constelación de este trauma. Me parece que para que exista abuso sexual reiterado al interior de una familia es necesario cierto grado de renegación, silencio, consentimiento y/o complicidad de los otros adultos que tienen la responsabilidad del cuidado de la(e) niña(o). Con ello se puntualiza la idea que *en torno a la violencia sexual existen dos vivencias traumáticas: una sería el abuso sexual propiamente tal, el que sobrepasa y desborda el aparato, y la otra vivencia traumática es la desmentida que se hace en torno al abuso*. Para Ferenczi (1931, 1933), esta ausencia de un objeto contenedor que desmiente la experiencia define la patogenicidad del trauma y lleva al sujeto a la disolución de la personalidad (Rodrigo Rojas, 2000).

Así, la desmentida multiplica la violencia del abuso, generando un profundo daño y temor a los vínculos, así como también erosiona la configuración de la propia identidad. Se contaminan las percepciones de la víctima y se generan imágenes distorsionadas acerca de la autoridad, los cuidados y graves confusiones relativas a la interpretación del afecto (Pignatellio, 2004). En esta vivencia de “amor tergiversado” se confunden y se entrelazan la agresión, la intimidación, la mentira, con el cariño, el amor y la confianza. No existe límite ni contención para estos sentimientos, los que en la experiencia del abuso se contaminan impidiendo el normal desarrollo de la mente como espacio de contención. En este sentido, como lo plantea Alex Oksenberg (en comunicación personal), la re-negación ataca el aparato discriminativo de la víctima. Así, la agresión del abuso que por la ausencia de sostén familiar no ha podido ser tramitada genera daños en la estructura perceptiva de la víctima. Este fenómeno de la desmentida también se puede vivenciar al interior de la dupla analítica. En el trabajo con pacientes abusadas me ha ocurrido con frecuencia que transitoriamente siento que el abuso no es real, como si se tratara de una “historia inventada”. Y más allá de comprender la escisión de la paciente a propósito del dolor, ha sido inevitable sospechar de la veracidad de la experiencia traumática. Creo que gracias a lo que Stern ha llamado como “Momentos de Encuentro”⁴ (Stern, 2000) en los cuales existe una genuina conexión entre paciente y el analista se puede vivenciar la violencia de los hechos. En estos momentos de encuentro se genera un verdadero contacto afectivo en el cual el dolor y los sentimientos de desintegración y destroz aparecen al interior de la dupla analista-paciente, siendo posible constatar la veracidad del abuso como un hecho real y muy concreto del cual la paciente ha sido víctima.

Creo que estos momentos surgen en relación al mundo actual de la paciente generalmente asociado al tema de la sexualidad el cual actualiza el trauma. En mi experiencia, algunos sueños, ciertas imágenes, sensaciones corporales u olfativas, que pueden surgir en la paciente de manera fragmentaria, pueden permitir el contacto con lo doloroso y lo devastador. En el relato de mi colega Lilian Tuane, una paciente abusada tenía sueños de ataques con cuchillos, cuchillos que se enterraban, que destrozaban, que rajaban. Estos sueños tuvieron un carácter elaborativo en tanto permitieron comenzar a procesar los profundos sentimientos de daño y destroz a través de representar concretamente la destrucción y la violencia descarnada que implicaba la sangre y el destroz humano. El pene del violador se vivía como un cuchillo que se enterraba, destruía, que desangraba y cercenaba. Cabe destacar que en mi experiencia los sueños con instrumentos cortantes (cuchillos, cortaplumas, navajas, etc.) son frecuentes en pacientes abusadas. Otra paciente soñaba que alguien a quien ella consideraba “bueno” y que luego “se convertía en malo” la perseguía y la abrazaba por detrás queriendo enterrarle un cuchillo. El atacante esperaba que ella fuese quien se moviera para que de esta manera el instrumento se lo enterrara ella misma a través de sus movimientos. Sin más, finalmente él la acuchillaba.

Una vez más el cuchillo puede representarse como un pene que destruye. Este sueño además da cuenta de los sentimientos de ambivalencia hacia el abusador, (“es bueno y luego se convierte en malo”) así

4.- Concepto acuñado por Daniel Stern (2000) con los que se refiere a momentos esenciales de conexión auténtica de persona a persona entre el analista y el paciente que implican un “conocimiento implícito relacional”. Son instancias altamente específicas en las cuales cada miembro de la pareja ha contribuido activamente con algo único y auténtico de sí mismo como individuo, lo que genera cambios en la relación analítica y por ende cambios en el sentido del sí mismo del paciente (Daniel Stern, 2000).

como de los sentimientos de culpabilidad de la víctima en tanto ésta puede sentirse parte activa de la situación de abuso dadas las pulsiones (representadas por los movimientos) despertadas por la situación sexual. Y precisamente es allí donde radica un aspecto fundamental del abuso, el cual es el promover, estimular, erosionar la pulsión sexual infantil que está allí al alcance de ser despertada y que por ende requiere ser especialmente protegida por los adultos a cargo del niño o niña. Me parece que a través de estos “momentos de encuentro” en los cuales las experiencias del paciente adquieren un carácter vívido es posible comprender, sostener y simbolizar un cúmulo de sentimientos que en el horror suelen permanecer negados desvitalizando muchas otras experiencias de la víctima.

La emergencia de estos momentos de encuentro sólo es posible al alero de una relación analítica estable, sólida y consistente que daría espacio para que las imágenes que han condensado el trauma afectivo puedan develarse, desintegrarse y constituirse en experiencias que permiten darle coherencia y consistencia a la vivencia de sufrimiento del Yo. En el abuso la niña ha quedado atrapada por el hecho traumático, el cual la mayoría de las veces no puede representar, pero sin embargo define su “estar en el mundo”. La vivencia de sí misma suele ser la de in-significancia, vacío, vivirse como “cosa”, “objeto” incapaz de darle significado a su experiencia y en consecuencia incapaz de darle sentido a su vida. Así la negación, la desmentida y la escisión del trauma parecen ser parte de la constelación del abuso sexual. Incluso la mujer abusada puede saber o recordar lo que ocurrió, sin embargo, es frecuente la negación afectiva de la experiencia como una forma de evitar el dolor. El analista imbuido en esta dinámica de deambular por recuerdos gélidos, por contenidos siniestros, pero sin atadura afectiva, muchas veces no puede más que someterse a la identificación proyectiva de la negación y al congelamiento y/o extrañamiento como una forma de no enfrentar la realidad, con lo cual reedita la experiencia de la desmentida.

Así muchas veces la idea del abuso se encuentra intelectualizada, se reconoce el hecho con recuerdos aledaños, pero el dolor, el destrozo, la vergüenza y la angustia del abuso quedan atrapados en imágenes y/o sensaciones que al estar escindidas empobrecen y debilitan al yo. Isabel hablaba cruda y fríamente de los abusos sexuales a los que había sido sometida. Luego de un año de tratamiento, me habló acerca de su primer “pololeo” a los 12 años con un joven mayor que ella. Él le pidió sexo oral en presencia de muchas otras personas. Ella no pudo negárselo, lo sintió como algo que “debía hacer para que él la quisiera”. En esa escena relatada, vívida e intensamente, estaban condensados y presentes en el aquí y en el ahora del relato el abuso original y su compulsión a la repetición. Esto nos contactó con su inocencia, con el terrible abuso, con el sometimiento, con el dolor, con la vergüenza y con la condena a la repetición.

Me permitió acompañarla en estos sentimientos, posibilitándome verla como la niña abusada que había sido. Creo que sólo a través de estas experiencias vívidas y vividas al interior del duplo analista analizado es factible elaborar la experiencia del abuso a través, en primera instancia, del reconocimiento del daño ocasionado para luego procesar la integración de la experiencia en la propia historia. Sin embargo, esta posibilidad de empezar a elaborar el trauma es sólo el comienzo de un largo proceso en el cual muchas veces el analista se convierte en la víctima que con su presencia proclama la verdad mientras la paciente se impone desde la desmentida, siendo frecuente que la continuidad del tratamiento se ponga en riesgo. En el trabajo con Isabel luego de un tiempo de íntimo acercamiento a la dolorosa verdad afectiva que se imponía, ella comenzó a distanciarse y a decir que “no quería hablar del pasado, porque era inútil y no servía”. En esta petición imposible, decidí intentar respetarla no aludiendo a interpretaciones genéticas, sin embargo, mi respeto no bastó, ella decidió dejar la terapia afirmando que ya se sentía bien. Al poco tiempo volvió víctima de un estado afectivo crítico.

De esta manera, las interpretaciones del analista también pueden ser vividas como nuevas intimidaciones y/o violaciones. El analista corre el riesgo de actuar como abusador cuando la paciente se niega a pensar acerca del trauma. En este sentido la contención, la posibilidad de esperar, la aceptación de los ritmos y compases del paciente, conteniendo en la mente la experiencia del abuso es una forma de sostener que permitirá en algún momento abordar más directamente el trauma.

Creo que la desmentida del trauma genera en la víctima el impacto del repliegue hacia lo narcisista (Winnicott, 1954). Podría implicar en la paciente el sacar las ligaduras de objeto y volcarlas hacia sí misma como una forma de estructurarse frente a estas angustias de fragmentación, muerte y desintegración. En mi experiencia estas defensas narcisistas en mujeres abusadas con frecuencia pueden tomar la forma de

masculinización (defensa fálica) y/o melancolía.

En la masculinización se niega la existencia de los sentimientos de dolor y de profunda humillación para refugiarse en defensas narcisísticas que se articulan en un falso self distante, autoafirmativo y escindido de los afectos que impide la real vinculación con el otro.

En mi experiencia, son mujeres que focalizan su vida en la producción laboral, que muestran una actitud penetrativa y que no aceptan ubicarse en una posición pasivo-receptiva. Creo que esta forma defensiva también actúa como fantasía para evitar contaminar al otro con el propio daño y la perversión. Ser activamente afectuosa, ser madre en lo cotidiano, cuidar, abrazar, tocar, no tener el control en lo afectivo, dejarse llevar, utilizar la propia sensualidad en pos de la relación, en este contexto, implicaría ensuciar con el abuso y destruir con lo que surge del self. Una paciente evitaba establecer contacto afectivo con sus hijos, temía recostarse a su lado, no los había podido amamantar, de alguna manera había confiscado su maternidad, a cambio establecía un sistema de normas muy estricto (Fenieux, 2004). Esta defensa podría ser reflejo de lo que Ferenczi (1933) llama identificación con el agresor, en tanto se repite en la estructura psíquica el sometimiento de una parte sobre la otra.

El otro tipo de estructuración frente al abuso que he observado con cierta frecuencia es la constitución melancólica. En este tipo de defensa se observan sentimientos de insignificancia, vacío, desfallecimiento, desinterés por el mundo externo, autorreproches. Esta sintomatología puede dar cuenta de que “la sombra del objeto ha caído sobre el yo” (Freud, 1917) evidenciándose la identificación con el abusador al cual se odia y se ataca adentro de ella. Isabel era tomada por un profundo sentimiento de odio hacia sí misma. Se sentía sucia, asquerosa y entonces se hacía cortes en los brazos. El dolor físico la aliviaba y además era una forma de atacar al agresor que sentía dentro de ella.

Para comprender estos mecanismos me parece interesante acudir al concepto de refugio psíquico de Steiner en el sentido que estas defensas narcisísticas actúan como espacios protegidos de la mente (Steiner, 1993), es decir, como estados psíquicos en los cuales la realidad puede no ser completamente aceptada ni rechazada y los aspectos dolorosos pueden ser evadidos. Un lugar donde la fantasía y la omnipotencia se mantienen intocables. Esto se manifiesta en la evidente resistencia a la dependencia, en el resentimiento y venganza que actúan en la decisión de no moverse del estado psíquico, lo que interfiere en el proceso de duelo y desarrollo.

En este sentido el refugio se organiza como una estructura que atrapa las partes buenas del paciente y la somete a relaciones objetales destructivas, impidiendo el despliegue de relaciones de dependencia. Cada vez que Isabel establecía un contacto afectivo conmigo, faltaba a una o más sesiones para quedarse viendo televisión días y noches sin parar; de alguna manera lo mismo ocurría con una relación amorosa que se gestaba. Creo que era una manera de controlar el contacto afectivo amenazante, pero también era una manera de revelarse a salir de su refugio y entrar en el mundo que la había atacado.

De esta manera, podemos constatar que en la mujer abusada existe cierta resistencia a ser penetrada en el plano psicológico. En ambos casos el repliegue narcisístico dificulta el contacto y la compenetración afectiva y favorece la repetición del trauma en la tendencia a la renegación. En general se requiere de mucho tiempo para establecer un genuino vínculo afectivo que permita el despliegue de la experiencia.

La estructuración de las defensas antes mencionadas se consolida luego de la adolescencia. Con el despliegue de la sexualidad se despiertan las angustias del abuso, la desconfianza, la amenaza de lo sexual, el sentimiento de suciedad y de rechazo frente a sí misma. La latencia con el adormecimiento propio de la sexualidad parece haber apaciguado y en cierto sentido adormecido los sentimientos relativos al abuso. Así la incursión adolescente en la sexualidad de la niña abusada suele estar marcada por repeticiones de experiencias abusivas, donde resulta frecuente la sobresexualización y pérdida de límites sexuales. Como si en esta compulsión a la repetición se escondiera la esperanza a cambiar el curso del amor desgraciado.

Finalmente podemos plantear que la desmentida cruza el trauma del abuso transversalmente: en la sociedad, la familia, y se instala en la víctima a modo de defensa y denuncia. Por momentos también está presente en la diada analítica, ya sea en el analista incapaz de ver más allá o en el paciente que tras denunciar la verdad se refugia en el no querer saber.

Resulta complejo explicar el fenómeno de la desmentida en el abuso sexual, ¿Se relacionará con fantasías inconscientes incestuosas? La fuerza de la desmentida ¿será igual para los distintos tipos de experiencias

traumáticas? ¿En el abuso sexual femenino tendrá relación con el histórico poder de los hombres sobre las mujeres o de la culpa ancestral femenina expresada en mitos como los de Eva y Pandora? ¿Por qué es tan frecuente que la familia se coluda con el agresor sexual?

El abuso sexual arrasa con todas las leyes del cuidado al más débil. Implica la intimidación y violación a la persona del niño, en una relación desigual que siempre implica sometimiento. Quebranta la ética de cuidado, de la intimidad, y principalmente aniquila en la génesis la inocencia del desarrollo psicosexual destruyendo la continuidad existencial (Winnicott, 1967). El abusador se aprovecha del estado pulsional, de la efervescencia de la necesidad de ser amado, reconocido, valorado, protegido y desde ese lugar destruye y carcome los destinos de la pulsión. En el abuso sexual contaminador y desintegrador se entremezclan la sexualidad y la perversidad, ver y luego no ver, renegar la realidad de la falta, de la impotencia, de la indefensión y por tanto el coludirse con la desmentida es una forma de huir del horror, del espanto y la destrucción.

REFERENCIAS

1. Curnow R. (2000) Cries and Heard. Adelaide Institute of Psychoanalysis.
2. Dio Bleichmer E. (1997) La Sexualidad Femenina, de la niña a la mujer. Editorial Paidós.
3. Jay F, Ph.D.* (2002) Explorando el concepto de Ferenczi de identificación con el agresor. Su rol en el trauma, la vida cotidiana y la relación terapéutica. *Psycoanalytic Dialogues*, vol 12 N° 1, pág. 101-139.
4. Fenieux CG. (2005) Abuso sexual y Femenidad. *Revista de Psiquiatría y Salud Mental*. N° 1-2.
5. Ferenczi S. (1932) Confusión de Lengua entre los adultos y el niño: El lenguaje de la ternura y de la pasión. Conferencia pronunciada en el XII Congreso Internacional de Psicoanálisis en Wiesbaden.
6. Freud S. (1896) Etiología de la Histeria. *Obras Completas III*. Amorrortu Editores.
7. Ibíd. (1914) Introducción al Narcisismo. *Obras Completas XIX*. Amorrortu Editores.
8. Giberti E. (1999) El incesto paterno filial contra la hija/niña. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*. Fundación Aigle. Vol. III, N° 3.
9. Golstein M. (2006) El concepto de la desmentida, el sujeto del trauma y el malestar de la época. En Internet.
10. Lamb S. (1986) Treating sexually abused children: Issues off blame and responsibility. *Amer J Orthopsychiatry*. Page 303-307.
11. Maida AM. (2005) La experiencia del abuso en Madres ¿es un predictor del abuso sexual de los hijos? *Revista Chilena de Pediatría* N° 76.
12. Monzón I. Subjetividad y propuestas identificatorias. Problemáticas sociales y clínicas. Presentación del N° 2 de *Revista del Ateneo Psicoanalítico*.
13. Pignatiello A (2004) Trauma y Otras Repercusiones del Abuso Sexual desde una Perspectiva Psicoanalítica. *Jornadas Nacionales Psicoterapia Hoy: Avances y Alcances*.
14. Rojas R. (2000) Trauma, escisión y adaptación: Ferenczi, antecedentes de Winnicott. *Rev. de la Sociedad Chilena de Psicología psicoanalítica y psicoanálisis*. ICHPA. N° 2. Pág 179 -189.
15. Steiner (1993) *Refugios Psíquico*. Editorial Biblioteca Nueva S.L Madrid 1997.
16. Stern D et al. (2000) Mecanismos no interpretativos en la terapia Psicoanalítica. El más allá de la interpretación. *Libro Anual de Psicoanálisis XVI*. Pág 207- 225.

Publicado en: Rev. Gaceta de Psiquiatría Universitaria (GPU), vol. 5, N° 2, pp. 230-234, 2009

Versión electrónica:

http://revistagpu.cl/2009/GPU_junio_2009_PDF/EL%20ABUSO%20SEXUAL%20Y%20LA%20RETRAUMATIZACION%20A%20TRAVES%20DE%20LA%20DENEGACION.pdf

*Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 4-ex-58. ALSF*